

EL IMPERATIVO GEOGRAFICO

LA HOYA HIDROGRAFICA DEL ORINOCO Y LA ORINOQUIA COLOMBIANA

Por **RAFAEL GÓMEZ PICÓN**

Miembro de número de la Sociedad Geográfica de Colombia, correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, del Centro de Historia de Ocaña y de The American Geographical Society of New York.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 65, Volumen XVIII
Primer Trimestre de 1960*

Si se pretendiera enumerar a cabalidad los exploradores o viajeros ilustres que no han podido escapar a su poderosa atracción o que, en todo caso, han entrado en íntimo contacto con sus riberas o con sus propias ondas, sería tarea que en realidad pudiera resultar prolija.

No obstante, a los ya mencionados no estaría de más agregar algunos otros nombres, como el de aquel naturalista sueco Pedro Loeffling, de la Real Expedición de Límites, sepultado en febrero de 1755 en Murucure, poblado de la margen derecha del Caroní, cerca de su desembocadura; el Canónigo Cortés de Madariaga, quien salió de Santafé de Bogotá el 14 de junio de 1811 hasta llegar al Meta, navegación que continuó por el Orinoco-Arauca-Apure y Guárico rumbo a Caracas adonde llegó el 29 de agosto el botánico escocés Richard Spruce, que en prolongados y eficaces estudios de la Amazonia, remontó el Río Negro estableciendo por largo tiempo su centro de operaciones en San Carlos, adonde llegó el 8 de marzo de 1853; exploró el Casiquiare, el Alto Orinoco, el Cunucunuma, el Pacimoni, para regresar a San Carlos en febrero de 1854, de donde volvió a salir en mayo para remontar el Guainía, bajando por el Atabapo hasta los grandes raudales; los venezolanos Miguel Tejera, Alfredo Jahn y Vicente Marcano; el primero lo remontó como jefe de la delegación venezolana de la Comisión de Límites en 1879-1880; el segundo en

1886, siguiendo la vía Orinoco-Casiquiare-Río Negro, y el tercero en 1887 remontando el Orinoco apenas hasta los raudales de Atures, de donde regresó; también su compatriota el doctor B. Tavera-Acosta, acucioso historiador, entró al Orinoco por el Apure en 1900, y después de remontarlo prosiguió por el Atabapo y el Temi, bajando por el Pimichin al Guainía-Río Negro hasta el Cucuy, de donde hubo de regresar para remontar el Casiquiare y descender por el Orinoco; realizó varios viajes, entre ellos su tercero en 1903, con el propósito de llegar a las fuentes del Orinoco, sin lograrlo; en 1904-1908 exploró el Meta y el Delta Amacuro en sus caños Mánamo, Pedernales y Cocuina y el afluente Barima, habiendo visitado, además, el Yuruari, el Cuyuni y el Caroní, dejando constancia de tan encomiables actividades en varias obras de gran utilidad; los naturalistas franceses Jules Crevaux y Eugenio Bougerot, el primero de los cuales de 1880 a 1881 exploró el Guaviare, bajando por el Orinoco hasta el Delta; al regresar a la Amazonia fue asesinado por los indios tobas de Bolivia en 1882; el segundo subió el Orinoco internándose por el Sipapo para estudiar su flora; los colombianos Modesto Garcés y Santiago Pérez Triana; aquél viajó por el Vichada en 1885, y Orinoco abajo entró por San Félix hacia la región del Yuruari, y el último lo hizo en 1894 por la vía Túa-Meta-Vichada-Orinoco, rumbo a Europa. *Un viaje a Venezuela y De Bogotá al Atlántico*, son los respectivos y valiosos testimonios del tránsito de estos prestantes ciudadanos. Herbert Spencer Dickey, quien a principios del segundo cuarto del presente siglo avanzó sobre sus fuentes; el norteamericano Arthur O. Friel, cuya visita a la arteria en 1923 le dio base para su obra "EL RÍO DE LAS SIETE ESTRELLAS"; el ex Rey Leopoldo III de Bélgica, quien situado en Puerto Ayacucho recorrió buena parte del Territorio Federal Amazonas en el primer semestre de 1952; voló a La Esmeralda y de allí lo remontó en unos 200 kilómetros, conviviendo en Platanal con los indios guayka, a quienes manifestó en la propia lengua de ellos: "Shori-Noji", es decir, soy su amigo y cuñado. También subió por el Cunucunuma, de negras ondas, hospedándose en una choza de los maquiritares, para descender y penetrar por el Brazo Casiquiare hasta llegar al Río Negro que, aguas abajo, lo llevó hasta la *Piedra del Cucuy*; remontó el Río Negro-Guainía, desviando por el Pimichin y atravesó el pequeño istmo para descender por el Temi y el Atabapo, que de nuevo lo internaron en la hoya del Orinoco; subió por el Sipapo para conocer el cerro Autana que, según sus palabras, "es un bloque granítico de unos 1.000 metros de altura que surge bruscamente en la selva en medio de un paisaje dantesco". Como apasionado por la historia natural, formó excelentes colecciones de orden diverso, entre ellas unas de orquídeas e insectos, visitando otras regiones del país, como la muy interesante de Maracaibo. En verdad que la enumeración tiende a hacerse interminable.

Mas si por los ámbitos del espíritu ensayase un somero esfuerzo, también ha de realizarse éste, a manera de esbozo, sobre la formación de su hoya hidrográfica, oportuno homenaje a su grandeza en los supremos instantes de su muerte.

Al arrancar, verbi gracia, de la isla Santa Cruz en la desembocadura del Guasacavi, en el Atabapo, siguiendo la línea limítrofe colombo-venezolana al Suroeste hasta poco adelante del poblado de Victorino, bien pudiera complementarse el contorno, más o menos al Occidente, ciñéndose al límite hidroográfico que pasa por las Mesas de Yambi y de Pardaos, para terciar un tanto al Noroeste y llegar a la cresta de la Cordillera Oriental de los Andes colombianos, en los cerros de Neiva y del Diablo. Se ha seguido, pues, el *divortium aquarum* concretado entre los principales canales recolectores, o sea entre el Guainía o Río Negro, el Vaupés y el Caquetá, hacia la hoya amazónica, y el Inírida y el Guaviare hacia la hoya orinoqueña.

Si se parte de los mentados cerros de Neiva y del Diablo con rumbo Noreste, por el lomo de la Cordillera Oriental de los Andes colombianos, en una extensión de algo más de 800 kilómetros hasta la cumbre fronteriza del páramo de Tamá, en cuyas vertientes nacen los ríos limítrofes de Táchira y Oirá, se puede constatar cómo se delimitan claramente la Magdalena u hoya del río Magdalena, al Occidente, la Orinoquia al Oriente y la hoya del Lago de Maracaibo al Norte.

Son testigos mayores de toda excepción, verbi gracia, el Nevado de Sumapaz que se empina hasta los 4.560 metros de altura, el histórico páramo de Pisha, la Sierra Nevada del Cocuy que luce su gigantesca y perenne cofia de nieve a los 5.483 metros de elevación, el medroso páramo del Almorzadero y el de Tamá, que con su altura de 3.325 metros hace de inmovible centinela limítrofe.

De Tamá descíndase sobre la línea fronteriza con rumbo al Oriente, hasta conectar con el curso del río Arauca, aguas abajo hasta Las Montañitas, de donde se ha de virar al Suroeste hasta la isla Culebra, en el Meta, y continuar sobre sus ondas, por varios centenares de kilómetros hasta su desembocadura. Entonces ha de remontarse el Orinoco, por cerca de 400 kilómetros compartidos por Venezuela y Colombia, y luego el Atabapo, hasta llegar de nuevo a la isla Santa Cruz, punto de partida de esta referencia geográfica.

Tal es el marco de la Orinoquia colombiana que comprende extensa faja de la Comisaría del Vaupés, las Comisarías del Vichada, cuya frente oriental baña el Orinoco en su totalidad, Casanare y Arauca, la Intendencia Nacional del Meta, gran porción del Departamento de Boyacá y apreciables

zonas de los de Cundinamarca y los Santanderes. Son 347.526 kilómetros cuadrados que albergan, aproximadamente, una población de 200.000 habitantes.

El Orinoco cruza el Territorio Federal Amazonas bañando, como se ha visto, por la derecha el Estado Bolívar y por la izquierda los de Apure, Guárico, Anzoátegui y Monagas atravesando finalmente el Territorio Federal Delta Amacuro. Es decir, roza directamente con 669.050 kilómetros cuadrados del territorio venezolano que están poblados por 821.911 habitantes. Desde luego, en la integración de su hoya hidrográfica no sólo se cuentan, a más de los territorios mencionados, los Estados Barinas, Portuguesa y Cojedes, sino también Zonas más o menos extensas de los Estados andinos y aun de los del centro, quedando en realidad fuera de la órbita orinoqueña una región del territorio venezolano relativamente no muy extensa. No en vano, pues, su hoya hidrográfica se aproxima a la cifra de 1.100.000 kilómetros cuadrados.

El río va presentando sus características a lo largo de sus 2.100 kilómetros aproximados, con precipitaciones acuosas que sobre su propio cauce fluctúan en un promedio anual de 1.000 a 2.000 milímetros. Según la época, suele presentar aspectos totalmente diferentes como si se tratara de regiones diversas, y en el Delta es esencialmente típico.

¿Será este el mismo río que en el Alto Delta, por ejemplo, para el apogeo del estiaje durante los meses de febrero y marzo, cuando parece estacionario, extiende al sol sus playones dificultando la navegación, mientras hacia el litoral o Bajo Delta el agua se torna salada y se muestra azul como la del propio mar, tratando de invadir amplia zona tierra adentro?

¿O será distinto este otro que para mediados de abril principia por coronarse de nelumbios, como si se preocupase por disimular su alma fangosa, desde entonces creciente de poderío hasta llegar a su máximum en agosto, desalojando las aguas saladas que invadieron sus predios, cuando lo creyeron muerto o lo vieron estático, persiguiéndolas con furia en largo trecho mar adentro?

¿O este que ahora desciende lentamente desde fines de agosto a mediados de enero, cual un filósofo escéptico, listo, sin embargo, a reiniciar los períodos atrás descritos?

Nada han de significar estas alternativas de su soberbia ante la olímpica indiferencia del océano. Por mucha grandeza que en ocasiones haya alcanzado, comparado con aquél apenas continuará siendo un minúsculo desagüe que, no obstante, dentro de su ambiente, cuando adquiere verdaderas culminaciones de poderío parece que arremetiera contra el mar, con ademanes de mitológico bufeo que pretendiera llegar hasta el propio riñón cerúleo. Es una lucha renovada que periódicamente trata de borrar el amargo sabor que el monstruo marino imprime en los labios de

su múltiple boca, cual un rudo ósculo de forzamiento. Y lo consigue ante los ojos glaucos y abismados del océano. Los guaraúnos que se habían refugiado en el regazo de los morichales en busca de agua potable, han regresado. .. para huir de nuevo tan pronto como el verano lo debilite y la forzada serenidad haya sucedido a la iracundia, y el violento y salobre ósculo haya de repetirse, intermitente, inevitablemente.

Como si se hastiase de las fases presentadas, él aprovecha ciclos que corresponden a magnos esfuerzos concentrados, a veces, a través de medio siglo, según el muy elocuente testimonio de las recordadas crecientes de 1892 y 1943. Como todo río de categoría, él requiere no su domesticación a mano fuerte sino la juiciosa cooperación del elemento humano. El habla con mayor claridad que aquél, con asombrosa precisión, oportunamente, como que, a su vez, obedece con fidelidad digna de imitarse las leyes que lo rigen. Por su parte, el hombre ha de proceder de acuerdo con las enseñanzas de la experiencia basada en la técnica.

Base primordial de tal entendimiento ha de ser, forzosamente, la conservación del caudal tan maltratado a medida que se incrementa la población, no sólo por la industrialización de grandes sectores, sino por la inconsulta e inmisericorde tala de los bosques. Es cuando la protección ha de abarcar no sólo al propio río sino a sus afluentes, para evitar la merma.

Es en verdad un convenio entre el hombre y la arteria, tendiente a obtener el mayor aprovechamiento de ésta, a cambio de un más intenso y acertado esfuerzo de aquél. Así, por ejemplo, la trascendental lección que aquélla ha dado al conectar su hoya con la Amazonia por medio del Brazo Casiquiare, esto es, uniendo en realidad dos mundos dentro de un mismo continente, debiera aprovecharse complementándola con la regularización del caudal de dicho brazo y aun de la parte del Río Negro que fuese necesario. Respaldo muy eficaz de este complemento lo sería también la conexión de los extremos Yavita-Pimichin, del pequeño istmo que por aquellos lados contribuye a establecer el divorcio de aguas, que permitiría aprovechar el Atabapo y el Guainía.

Pudiera considerarse lo anterior como una de las obras preliminares para llegar a la tan mentada comunicación entre las hoyas del Orinoco, del Amazonas y del Plata que, a su vez, requiere la fácil apertura de uno o de varios canales, entre ellos el de Villa Bella. "Este canal -dice Humboldt- de 5.300 toesas del largo, abriría una navegación interior entre la embocadura del Orinoco y la del río de la Plata y entre Angostura y Montevideo. Este istmo entre el río Amazonas y el Plata, será algún día de la mayor importancia para el comercio interior de la América Meridional".

Se trata de una gigantesca red de comunicaciones naturales internas, que requiere la explicable y necesaria cooperación del hombre para su perfeccionamiento. Es de presumir lo que significaría su realización para el progreso del continente.

Mas, concretando sobre el Orinoco, es necesario recalcar en que cuantas obras se realicen parcialmente, habrán de armonizar con el todo. Así, por ejemplo, el dragado que se ejecuta en el Bajo Río-Caño Macareo, necesariamente ha de constituir una parte del trabajo similar que se habrá de llevar a cabo en el resto de la arteria. Sería muy aventurado pretender el dominio del elemento natural a mano fuerte, excluyendo el sentido de cooperación, sin exponerse al reclamo de sus fueros que la propia naturaleza suele hacer sin falta.

Es sabido que las hoyas hidrográficas compartidas crean de hecho problemas conjuntos. Su solución ha de ser, desde luego, armónica, y una de las bases fundamentales, en tratándose de una arteria de categoría que implique la única salida al mar, tiene que constituir su libre navegación, en este caso particular acordada por Tratado Público.

* * * *

A lo largo de 370 kilómetros de costas marítimas que corresponden al Territorio Federal Delta Amacuro, de Punta Playa en el Este, a la margen izquierda de la Boca Bagre al Noroeste, él descarga en el océano por infinidad de bocas de las cuales, por lo general, los geógrafos apenas toman en cuenta diecisiete, llegando algunos a veintidós y otros a treinta y seis.

A partir del estuario de Boca Grande o de N avío, pudieran contarse hasta doce que caen al Atlántico propiamente dicho, entre ellas las de Sacupana, Lorán o Marejina, Araguao, Araguabisi, Güínica, Mariusita y Mariusa; siguen las de Macareo, Cocuina y Capure, en la Boca de Serpientes y las de Pedernales, Mánamo y Bagre, sobre el Golfo Triste o de Paria, consideradas como las de mayor importancia. Se ha calculado que deposita en el mar 25.000 metros cúbicos de aguas medias por segundo, en épocas de apogeo, para reducirse hasta los 7.000 en el verano, pero con un promedio normal de 14.000.

Muere así el gran río, sobre cuyo lomo cabrillearon ignotas oleadas humanas que se pierden en la noche de la prehistoria; de posteriores migraciones caribes que se expandían por sus márgenes o se internaban en el continente; de descubridores y conquistadores de cruz y de espada; de piratas y de aventureros de todos los pelambres; de en comenderos y gobernadores; de exploradores alucinados; de ilustres varones de ciencia y de estudio; de contrabandistas o azogados buscadores de riquezas; de libertadores poseídos de acendrado amor por el sagrado ideal.

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE COLOMBIA
ACADEMIA DE CIENCIAS GEOGRÁFICAS
www.sogeocol.edu.co

Sendero de libertad, labrado como a cincel sobre la corteza de una gran nación, camino de progreso, privilegiado vínculo de todos los tiempos entre el corazón de Suramérica y el mundo.

